

José Rubén Romero Galván

“El esplendor y la caída de México-Tenochtitlan”

p. 71-84

*Introducción a la cultura náhuatl prehispánica*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2023

192 p.

Mapas, figuras, cuadros

(Históricas Comunicación Pública 5, Serie Introducciones)

ISBN 978-607-30-7262-5

Formato: PDF

Publicado en línea: 21 de marzo de 2025

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/804/introduccion-nahuatl.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2025, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

## III

EL ESPLENDOR Y LA CAÍDA  
DE MEXICO-TENOCHTITLAN

Ganada la guerra, lograda la independencia respecto de Azcapotzalco, así como la cohesión de sus habitantes en torno a un grupo que los gobernara, Mexico-Tenochtitlan se encontró en situación de jugar una carta mayor: ser parte de una nueva triple alianza. Vencido Azcapotzalco, lo obligaron a ceder su lugar a Tlacopan, que realmente entró como un estado comparsa; Tetzaco, estado fuerte y de tradición, permaneció, y Culhuacan, el señorío de mayor prosapia tanto cultural como política, fue sustituido por Mexico-Tenochtitlan. Esta triple alianza permaneció por casi un siglo, hasta la llegada de los europeos.

Las campañas de conquista tenochcas no se hicieron esperar. Siempre victoriosas, una tras otra permitieron a la flamante triple alianza, y sobre todo a Mexico-Tenochtitlan, extender sus dominios y, por supuesto, enriquecerse con los tributos que las provincias conquistadas pagaban regularmente (véase figura 9). Estas cargas eran, para las provincias cercanas, bienes perecederos de consumo inmediato como maíz, frijol y otros productos similares; en cambio, provincias más alejadas tributaban materias primas y productos manufacturados de gran calidad: piezas de cerámica finamente trabajadas, plumas y piedras de gran finura, obsidiana,





este sentido, es muy revelador el testimonio de Hernán Cortés en su “Segunda carta de relación”:

Tiene esta ciudad muchas plazas donde hay continuo mercado y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cerrada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo; donde hay todo género de mercaderías que en toda la tierra se hallan, así de mantenimientos como de vituallas [...].

Hernando Alvarado Tezozómoc incluyó en su *Crónica mexicana* una larga lista de productos que llegaban a Tenochtitlan en calidad de las cargas tributarias que este señorío imponía a las provincias que conquistaba y afirma que “muchas otras cosas tocantes al sustento humano merecieron los mexicanos por haberlo ganado con valeroso ánimo, esfuerzo de sus personas y valentía en tantos y tan grandes pueblos de este Nuevo Mundo”, que en aquel tiempo se intitulaba *Cemanahuac tenuchca Tlalpan*, que significa “el universo tenochca sobre la tierra”.

Las primeras provincias conquistadas fueron aquellas que podían proporcionar a Mexico, en calidad de tributos, bienes de consumo inmediato: maíz, frijol, calabaza, quelites, etcétera. Fueron los casos de los señoríos chinamperos de Xochimilco y Cuitláhuac (hoy conocido con el nombre de Tláhuac). Con ello aseguraron la subsistencia de los habitantes del islote tenochca que, aunque ya había ensanchado su superficie



cultivable con la construcción de chinampas, resultaba insuficiente.

Hubo otros varios episodios de la historia tenochca que merecen nuestra atención. Es el caso de lo ocurrido durante el gobierno de Axayácatl, tiempo en el que el poder de Mexico-Tenochtitlan se había extendido por buena parte de Mesoamérica. Sin embargo, el vigor de la capital de los mexicas se veía ensombrecido por su convivencia forzada con su ciudad gemela, Mexico-Tlatelolco. Los tenochcas buscaron entonces la manera de entablar una guerra contra sus vecinos los tlatelolcas. Una de las versiones apunta a que el problema surgió por un lío marital entre la hermana de Axayácatl y su esposo, Moquíhuix, señor de Tlatelolco. Otras versiones, distintas de ésta, involucran a unas tlatelolcas que fueron objeto de acosos y de violación por parte de jóvenes mexicas. Esta ominosa afrenta, según relatan esas otras fuentes, fue el origen de la guerra. Sea una u otra versión la que corresponda a la raíz de la contienda, lo cierto es que ésta sobrevino y de ella, al final, Tlatelolco resultó vencido, quedando sujeto a Tenochtitlan. No obstante esta sumisión, Tenochtitlan permitió a los tlatelolcas continuar, por evidente conveniencia, con el comercio a larga distancia que ya para entonces realizaban intensa y continuamente, y suponemos con jugosas ganancias.

Cuando Moctezuma Ilhuicamina ascendió al poder, dictó un conjunto de normas relativas tanto al comportamiento que debían observar quienes lo rodeaban, como respecto a la ropa y aderezos que les era permitido llevar. Así quedó reservado el uso de adornos y



aderezos sólo para él y los mexicas más nobles. Prohibía que los macehuales usaran prendas de algodón y tilmas que sobrepasaran las rodillas, “so pena de la vida”. Lo mismo ocurrió en cuanto a las casas que se edificaban, pues fue prohibido que los hombres del pueblo edificaran casas altas cuya construcción quedó reservada a los miembros de la nobleza. Estas normas y otras más del mismo estilo denotan, por un lado, la autoridad despótica del *tlahtoani* y, por otro, la clara intención de marcar diferencias entre el grupo dominante y la nobleza y, sobre todo, el gobernante respecto de los macehuales.

Hay en la historia de los mexicas otro episodio que reviste sobrada significación. Éste ocurrió durante el gobierno de Moctezuma Xocoyotzin. Para entonces, Tenochtitlan había consolidado sobradamente su poder en una parte importante de Mesoamérica, y los bienes que recibía en calidad de tributos hacían de ella una urbe rica. Por supuesto, quienes poseían la mayor cantidad de esos bienes eran los miembros de la nobleza, presidida por el *huey tlahtoani*. Tal riqueza y, sobre todo, el poder que ya acumulaba el grupo gobernante explican que el *tlahtoani* emitiera medidas que estaban destinadas a marcar de manera definitiva las diferencias entre los gobernantes y los gobernados. En efecto, Moctezuma mandó que en torno suyo sólo hubiera hijos de señores nobles y que todos los macehuales o hijos de macehuales fueran despedidos de palacio. Las razones que adujo son en verdad severas, pues consideraba que “era menoscabo y gran bajeza de los reyes servirse de gente baja y que él quería servirse de otros tantos



tan buenos como él”. Ello significaba que en gobiernos anteriores un número considerable de macehuales había logrado acomodarse para servir en palacio, posiblemente porque los nobles que estaban en situación de ocuparse de ello no eran suficientes. Además, pudo ocurrir que los macehuales en palacio fueran ya numerosos y que de algún modo constituyeran un sector que había entrado en competencia con el de los nobles que se desempeñaban al lado del gobernante. Sin embargo, lo cierto es que esta medida deja ver la fortaleza alcanzada por el grupo dominante y su necesidad de consolidar aun más el poder que ejercía. Estas medidas que muestran a Moctezuma como un gobernante déspota, lograron marcar de manera definitiva una mayor distancia entre macehuales y nobles.

Ocurrió también que el agua que surtía el acueducto de Chapultepec y la llevaba a Tenochtitlan no resultaba suficiente. Por ello, Ahuízotl se propuso obtenerla desde un venero llamado Acuecuexco, localizado en Churubusco (Huitzilopochco), por los rumbos del señorío de Coyoacán. La realización de ese proyecto trajo como consecuencia otro acontecimiento importante en el devenir tenochca. El *tlahtoani* mexica fue advertido por el gobernante del señorío local del peligro que significaría llevar el agua de ese venero hasta Tenochtitlan. Ahuízotl no prestó oídos a tales consejos e hizo construir el acueducto para surtir agua desde el Acuecuexco hasta la capital de su imperio. Las consecuencias, como se le había advertido, fueron funestas. Apenas llegó el agua a la ciudad, la fuente comenzó a surtirla tanta y a tal velocidad que pronto comenzó una severa



inundación. El *tlahtoani* Ahuízotl, al no encontrar manera de contener el desastre provocado por su necesidad, acudió a Nezahualcóyotl, señor de Tetzaco, conocedor de técnicas ingenieriles, quien dispuso que unos buzos se sumergieran en el Acuecuexco para tapar los veneros, origen del desastre que vivía la ciudad. El nivel del agua descendió y la ciudad recuperó su cotidianidad, pero no el *tlahtoani* Ahuízotl, quien murió, se dice que a causa de un severo golpe que sufrió en la cabeza cuando, durante la inundación, trató de salir precipitadamente de una habitación del palacio.

Mexico-Tenochtitlan era la fiel manifestación del poder y la riqueza que los mexicas, gobernados por sucesivos *tlahtoque*, habían alcanzado en poco menos de cien años. Era una ciudad impactante. No han llegado hasta ahora descripciones de ella elaboradas por sus habitantes. Solamente contamos con cantos en los que, a través de bellas imágenes poéticas, se da cuenta de la magnificencia de la capital tenochca. He aquí una muestra de ellos:

Haciendo círculos de jade está tendida la ciudad,  
irradiando rayos de luz cual plumas de quetzal  
esta aquí México...  
Donde hay sauces blancos,  
juncias blancas, es aquí México.

Con bellas metáforas, este poema alude a Mexico-Tenochtitlan, que está en medio del lago en el que produce “círculos de jade”. La ciudad brilla, sus reflejos son como las preciosas plumas de los quetzales y está



caracterizada, como Aztlan según algunas fuentes, por la blancura. Por eso hay en ella sauces y juncias blancas. Se trataba pues de una ciudad magnífica. Es verdad que el poema no hace descripción formal alguna. Sin embargo, transmite lo que percibía quien llegaba a ella navegando por el lago que la rodeaba.

Los testimonios de extraños, de los europeos que la conquistaron, nos permiten acercarnos a la capital tenochca y conocer sus peculiaridades. Es posiblemente Hernán Cortés, en su “Segunda carta de relación”, quien ofrece la más fresca descripción de esta capital.

Esta gran ciudad de Temixtitlan está fundada en esta laguna salada, y desde tierra firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquiera parte que quisieren entrar a ella, hay dos leguas. Tiene cuatro entradas, todas de calzada hecha a mano, tan ancha como dos lanzas jinetas. Es tan grande como Sevilla y Córdoba. Son las calles de ella, digo las principales, muy anchas y muy derechas, y algunas de éstas y todas las demás son la mitad de tierra y por la otra mitad es agua, por la cual andan en sus canoas, y de todas las calles de trecho a trecho están abiertas por do atraviesa el agua de las unas a las otras, y en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas, hay sus puentes de muy anchas y grandes vigas, juntas y recias, y tales, que por muchas de ellas pueden pasar diez de a caballo juntos a la par [...].

Esta descripción, de gran frescura, se corresponde con la impresión que recibió el poeta náhuatl y



que plasmó magistralmente en sus versos. En efecto, México estaba rodeada de círculos de jade e irradiaba reflejos como las plumas de un quetzal. Era, no cabe duda, la materialización de la riqueza y los honores obtenidos a través de las sucesivas campañas, siempre victoriosas, a través de las que Tenochtitlan, “tan grande como Sevilla y Córdoba”, había extendido sus dominios y recibía constantemente tributos innumerables. Estaba cumplida a cabalidad la promesa que Huitzilopochtli había hecho a los mexicas al momento en que estos dejaron Aztlan e iniciaron su migración. Habían fundado una ciudad desde la que habían conquistado a pueblos que se encontraban por los cuatro rumbos del universo, los que les tributaban infinidad de bienes: “innumerables, excelentísimas piedras preciosas, oro, plumas de quetzal, esmeraldas, corales [...]”, además de productos de consumo inmediato. Todo ello obtenido a través de guerras de conquista victoriosas, siempre bajo el patrocinio de su deidad.

La relación de los mexicas con Huitzilopochtli, que al principio se había manifestado sobre todo por su carácter verbal, poco a poco cambió ese carácter y se fue silenciando. Posiblemente la última vez que la deidad se comunicó con su pueblo fue cuando este debía pagar a Azcapotzalco los tributos sobrados y ominosos que los gobernantes de ese señorío le imponían. Cuando los europeos contaban en su calendario los primeros lustros del siglo XVI, Tenochtitlan parecía estar en la cima de su historia. Entonces comenzaron a aparecer signos extraños cuya interpretación apuntaba claramente a futuras calamidades. En tales signos las deidades se



manifestaron de nuevo, rompiendo el silencio que habían guardado por largos años.

Fray Bernardino de Sahagún recogió testimonios en los que se describían tales portentos. Refiere que, en el firmamento, hacia el Oriente, durante un tiempo después de la media noche, apareció “una cosa maravillosa y espantosa, y es que apareció una llama de fuego muy grande y resplandeciente [...] y cuando aparecía [...] toda la gente gritaba y se espantaba: todos sospechaban que era señal de algún gran mal”.

Otra señal fue el incendio inexplicable en el templo de Huitzilopochtli. De acuerdo con la narración de Sahagún, “las llamas de fuego salían de dentro de los maderos de las columnas, y de muy presto se hizo ceniza”. En los antiguos códices se representaba la derrota de un pueblo precisamente con la imagen de un templo en llamas. Por ello, podemos afirmar que este presagio era claro: se avecinaba una derrota para Mexico-Tenochtitlan.

La tercera señal fue otro incendio. Esta vez en el templo de Xiuhtecuhtli, dios del fuego y el tiempo. Se dice que también llovió “agua menuda”. En este caso, la señal apuntaba a la guerra tanto como a la derrota. La primera por la presencia de agua y fuego, “*in atl in tlachimolli*”, difrasismo que significa literalmente “agua, cosa quemada”, con el que se designa a la guerra; la segunda, porque el incendio consumió el templo de una deidad importante. Todo apuntaba a que la suerte estaba echada.

La cuarta señal fue la aparición de un cometa cuya trayectoria apuntaba hacia el Oriente. Si en la



cosmovisión indígena no existen elementos para dotar de alguna significación a esta señal, llama la atención que se informe que la trayectoria de este cometa apuntara hacia el rumbo del que habrían de llegar los conquistadores.

La información que recogió Sahagún respecto de la quinta señal apunta a un extraño fenómeno que causó temor entre los habitantes de Tenochtitlan. Se trató de un inusual movimiento en las aguas del lago que produjo olas enormes. Este hecho, relacionado con los otros que se presentaron, solamente podía presagiar una gran desgracia. La sexta señal consistió en que por las noches se escuchara por toda la ciudad la voz de una mujer que clamaba: “¡Oh hijos míos a dónde os llevaré!” y en otras ocasiones gritaba diciendo “¡Oh hijos míos, ya nos perdimos!” Se trataba de una diosa que, a todas luces, buscaba la manera de librar a los habitantes de la ciudad de su destino. Por ello se preguntaba “a dónde os llevaré”.

El séptimo presagio es en verdad interesante. Unos cazadores capturaron en el lago un ave “parda del tamaño de una grulla” que llevaron ante Moctezuma. El ave tenía en la cabeza un espejo redondo en el que era posible ver el cielo estrellado. Cuando el *tlahtoani* vio aquello se asustó. La segunda vez que miró el espejo vio en él a mucha gente. Todos estaban cubiertos con armaduras de metal y montaban caballos.

El conjunto de presagios no dejaba lugar a dudas: se aproximaba una guerra en la que Tenochtitlan sería derrotada a manos de gente extraña que llegaría por el Oriente. Además, comenzaron a aparecer individuos



Figura 10. Escena de la Conquista.  
*Códice Florentino*, libro XII, f. 51r.



con cuerpos monstruosos que, una vez presentados ante el *tlahtoani*, desaparecían. Fue esta la octava señal. Era claro que el final estaba cerca.

Y así sucedió. Pasado algún tiempo comenzaron a llegar noticias de la presencia de gente extraña que había llegado a las playas del mar que hoy llamamos golfo de México. Desembarcaron y con ello quedó echada la suerte de los mexicas y de Mesoamérica toda. Fue el inicio del fin de una época sembrada de claroscuros. La economía iba a transformarse, la sociedad sufriría cambios y la manera como se concebía al universo sería otra. Llegaba una nueva cultura, incluida la lengua, muy distinta a la indígena. Los dioses mexicas estaban condenados a ser desterrados, al menos con el carácter con el que habían sido adorados hasta entonces. Se inició así el proceso hacia una nueva realidad (véase figura 10).

